

ARTÍCULO

De la demonización a la polarización: un análisis desde el discurso digital del gobierno y la oposición venezolana

Luis M. Romero-Rodríguez

Universidad de Huelva (España), Universidad Santiago de Cali (Colombia)
lmiguel.rrodriguez@alu.uhu.es

Walter Gadea

Universidad de Huelva
walter.gadea@ddcc.uhu.es

Ignacio Aguaded

Universidad de Huelva
ignacio@aguaded.es

Resumen: Se analizarán cuantitativa y cualitativamente los mensajes de los representantes más importantes del gobierno y la oposición venezolana a través de sus cuentas en la red Twitter, mediante el análisis de contenido de base interpretativa, en función de identificar y evaluar la propensión discursiva en este espacio digital a la demonización y en consecuencia, la ampliación de la polarización y el antagonismo existente en ese país. Entre los principales resultados se encuentra que se ha trasladado la tónica de enfrentamiento al escenario digital, se profundiza la demonización y la invisibilización de la «otredad» y se utilizan las redes sociales como medio de control social para desmovilizar las acciones democráticas de la disidencia.

Palabras clave: demonización, polarización, violencia discursiva, Twitter, política de comunicación, información

From demonization to polarisation: An analysis of the Venezuelan government's and the political opposition's digital discourse

Abstract: The messages from the most important representatives of the Venezuelan government and the opposition will be analysed quantitatively and qualitatively through their Twitter accounts using interpretive con-

tent analysis. Our aim is to identify and evaluate the propensity of the discourse toward demonization, which as a consequence, widens the existing polarisation and antagonism in that country. Among the main results, we find that the confrontational tone has been transferred to the digital stage; demonization and the invisibility of “the otherness” are deepened, and the social networks are used to demobilise the democratic acts of the dissidents.

Keywords: Demonization, Polarisation, Discursive Violence, Twitter, Communication Policy, Information

De la diabolisation à la polarisation: Une analyse du discours numérique exprimé par le gouvernement vénézuélien et ses opposants.

Résumé: Nous analysons quantitativement et qualitativement les messages issus des plus importants représentants du gouvernement vénézuélien et des opposants sur leur compte Twitter moyennant l'analyse de contenu utilisée en complémentarité avec une approche interprétative. Notre objectif est d'identifier et d'évaluer la propension du discours vers la diabolisation, et en conséquence, l'expansion de la polarisation et de l'antagonisme existant dans ce pays. Parmi les principaux résultats nous avons trouvé que le ton de la confrontation a été transféré au contexte numérique, la diabolisation et l'invisibilité de “l'altérité” se sont approfondis, et les réseaux sociaux sont utilisés pour démobiliser les actes démocratiques des dissidents.

Mots-clés: diabolisation, polarisation, violence discursive, Twitter, politique de communication, information

Introducción

Con frecuencia, la violencia política ha jugado un papel determinante en la formación de las naciones y es explicada por la historia en razón de sus relaciones de causalidad, como una función en términos instrumentales, por lo que el término «violencia» se asume en el colectivo como una minimización lexical –incluso eufemística– y una herramienta pragmática utilizada por actores sociales en oposición a relaciones de dominación, con el objeto de finalizar un conflicto. Esta

visión simplista de la violencia es muy común, pues explicar fenómenos sociales como disturbios, enfrentamientos e incluso saqueos, bajo la reduccionista relación de concurrencia causa-efecto, resulta menos complejo para el entendimiento colectivo que adentrarse en aspectos históricos, identitarios y memorias sedimentarias de amenazas sociales.

La violencia ha sido la forma de respuesta social más recurrente a la aplicación de cambios políticos estructurales en América Latina. Tal como lo afirmaba De Tocqueville (1961, p. 302), casi todas las revoluciones que han cambiado aspectos fundamentales de las naciones se han hecho para destruir o para consolidar las diferencias sociales existentes. Sin embargo, paulatinamente, con la disminución de las capacidades de negociación social y política entre los Estados y los diversos sectores de la sociedad, se han impuesto paradójicamente, por iniciativa de los regímenes, medidas de coacción, violencia y control social formales e informales para mantener el «orden democrático» y/o justificar la legitimidad de un gobierno y sus instituciones (Sánchez, 2006, pp. 178-179). Así, la violencia aparece en contraste con organizaciones políticas de institucionalidad débil, ante amenazas de irrupción de reconocimiento a la autoridad *ergo* deslegitimización de órdenes y desobediencia.

La oposición o disidencia tiene además que sortear para su existencia cuatro variables interdependientes a las iniciativas formales e informales del Estado para el control social: (1) el nivel de organización de los grupos de disidencia; (2) la creencia compartida de poder alcanzar el éxito mediante protestas y acciones; (3) la indignación y el descontento colectivo y (4) la disponibilidad de oportunidades estructurales y políticas de alcanzar sus demandas (McAdam, 1982). Las primeras tres variables dependen de la capacidad organizativa de ese descontento social y de la insatisfacción de necesidades o expectativas socializadas, mientras que la cuarta variable, referida a las oportunidades estructurales, estriba en el propio sistema político en el que se inserta (Muller, 1985, pp. 47-48).

Una estructura de régimen cerrado y represivo ofrece poca o ninguna oportunidad a la oposición política para realizar acciones colectivas, pero a la vez, afecta las primeras dos variables explicadas *ut supra*, en el sentido de que la creencia compartida de alcanzar el éxito me-

diante acciones se verá opacada y, por consiguiente, se obstruiría la capacidad de organización de grupos de disidencia. Al contrario, una estructura de régimen abierto o democrático ofrece buenas oportunidades para la participación en acciones de disidencia colectiva, permitiendo la coexistencia de los cuatro indicadores del modelo de McAdam (1982), por lo que las acciones violentas o los enfrentamientos en este tipo de estructuras no son comunes.

Es en un régimen de estructura intermedia, con represión moderada, en el que aparece con mayor frecuencia la violencia política; donde la organización de la disidencia es posible, no existe prohibición legal o fáctica de acciones colectivas, pero las oportunidades de participación efectiva son restrictivas y, en consecuencia, los grupos disidentes actúan en un ambiente semi-represivo, teniendo que optar por la desobediencia como estrategia necesaria para la presión de sus reivindicaciones, generar matrices informativas y opinativas acerca de los grupos para aumentar sus adeptos y simpatizantes y a la vez, ganar espacios de influencia en las decisiones políticas.

El populismo «antipolítico»

Weber distinguió dos tipos opuestos de relaciones de dominación. Las que se dan *pro cari*, en expectativa de cumplimiento de una constelación de intereses pasados, presentes o futuros, asentada primordialmente como influencia a causa de cualquier posesión, o mediante la praxis de la *auctoritas*, es decir, bajo el ejercicio de la disciplina –volitiva u obligatoria–, del poder de mando y el deber de obediencia, con absoluta independencia de toda suerte de motivos e intereses, por lo que el ejercicio de la autoridad se legitima bien sea por habituación inconsciente o por ejercicio racional con arreglo a fines (Weber, 2002, p. 170).

En Latinoamérica, el predominio del sistema de reglas informales –clientelismo, particularismo, neopatrimonialismo– sobre las instituciones políticas, que compiten con sus rasgos formales/democráticos –elecciones periódicas, separación de poderes, pluralismo–, conducen a una «despolitización de la vida pública» (Capriles, 2006a, p. 28), lo que puede devenir en la evolución y profundización de populismos autoritarios, alejándose de los significados de la política,

transformándose discursivamente en «políticos antipolítica» e incluso «gobiernos antipolítica», en el entendido de considerar la antipolítica como una filosofía que privilegia los intereses clientelares al juego político y que intenta la construcción de consensos que impiden el enfrentamiento social.

La antipolítica aparece así como un intento de abolición de ideologías y despolitizar el juego tradicional político (Tucker *et.al*, 2000), en disparidad con el Estado totalitario, aun cuando es patente que el concepto de antipolítica es utilizado como componente discursivo, precisamente a través de quienes ejercen el control social por medio de las mismas relaciones de dominación que Weber alude (2002, p. 170). Es decir, es en esa misma dinámica de alejamiento discursivo de lo «tradicional político» donde surge una relación de dominación efectiva pues, al no ser visto el factor como un actor político sino como parte demandante de las reivindicaciones sociales, toma el papel dual de ejercicio del poder y semiológicamente de disidencia a la vez, ocupando ambos espacios e intentando lograr la hegemonía de ambos sectores (apoyos y descontentos).

Esta ansia de “exacerbación hiperdemocrática” (Capriles, 2006b, pp. 84-85), utiliza discursivamente la indignación social y al excluido como razón de existencia, por lo que el populismo se fortalece bajo la expectativa de un «alcance» –real o ficticio– de ese pueblo a las decisiones del poder, jugando siempre con representaciones del imaginario anti-sistema, aunque el emisor se inserte paradójicamente en el mismo.

Existen tres rasgos elementales de un régimen de tipo populista: 1) Valorar al «pueblo» contraponiéndolo contra las élites, por lo que en deducción discursiva, todo lo que no se considere «élite» ingresa en la categoría «pueblo» y viceversa; 2) Se institucionalizan realidades paralelas e incluso contradictorias con los canales institucionales del Estado, ofreciendo así sistemas de interacción no comunes, con el fin de alejar al gobierno del sistema e incluso creando en palabras de Bobbio «instituciones de democracia anfibia» y; 3) Se evidencia un igualitarismo, en contraposición al elitismo de la política tradicional, con el fin de motivar la exacerbación emocional de sus seguidores y hacerlos operar con obediencia carismática en incluso por dogma de fe (Fieschi, 2004).

La yuxtaposición discursiva pueblo-élite, bajo dos marcos de intereses disímiles, genera *de facto* una polarización tan estética como la relación protagonista-antagonista de un guion cinematográfico –paradigma de Field– donde el «otro» es entendido no como un par humano, con sentimientos, necesidades, aspiraciones y moral, sino como un elemento disruptivo de la sociedad y generador de sus propias desgracias.

Polarización social y demonización discursiva

Desde una perspectiva sociológica, la polarización es un fenómeno social que aparece cuando los individuos alinean sus creencias en posiciones extremas y en conflicto, mientras otros individuos mantienen opiniones más moderadas o neutrales (Isenberg, 1986; Sunstein, 2002, p. 175). En América Latina la creciente polarización en la sociedad deriva inicialmente de los cambios globales que han ampliado la brecha diferencial entre quienes tienen acceso a la educación, la renta y la tecnología y sus beneficios y quienes quedan excluidos. Las desigualdades tanto en riqueza e ingresos quedan patentes en las propias estructuras arquitectónicas, la fragmentación de las ciudades y en la exclusión geográfica de la pobreza, incluyendo también contrastes de orígenes étnicos, de clases y razas, escenario en el que se ha insertado de manera creciente el fenómeno de la violencia (Castells, 2000; Korzeniewicz & Smith 2000; Sánchez 2000a, 2000b; Sánchez, 2006).

El poder simbólico, al tener mayor alcance de difusión, incrementa su capacidad de construir realidades (Searle, 1997; Watzlawick, 1979) e incluso impone un orden en esas realidades construidas (Bourdieu, 1988). Cuando ese poder simbólico utiliza la retórica para construir un deber-ser único, adecuado o pertinente so pena de quedar ilegitimado, se elimina toda posibilidad de alternativas de pensamiento u obra, se cristaliza un estereotipo tipificado como normal, incluso sacralizado, mientras se institucionaliza mediante la violencia discursiva un «otro» objeto de descalificaciones, banalizaciones e invisibilización de sus necesidades sociales, en definitiva, aparece la demonización como sustento discursivo de las relaciones de poder (Romero-Rodríguez, 2014).

En el proceso de demonización el emisor se sacraliza, tácita o expresamente, a través de recursos como la discreción (*phrónesis*), la integridad (*areté*) o la buena voluntad (*eúnoia*), posicionándose en una construcción simbólica de una realidad creada bajo la simplificación conceptual protagonista-antagonista, lo que genera, en la cognición social de su audiencia objetivo, que el portador de la satanización sea culturalmente inaceptable, inferior o menospreciado, llevando consigo una carga de discriminación, paradigmas de odio y estereotipos y, por consiguiente, sea enviado al ostracismo, invisibilizado, estigmatizado, devaluado perceptivamente, dañando su identidad social e incluso su propio reconocimiento identitario (Goffman, 2006, pp. 31-32).

La demonización estimula en la opinión pública una reacción de descrédito que elimina las restricciones morales y el *ius naturalis* de sus portadores, legitimándose la conculcación de sus facultades políticas, económicas o sociales e incluso sus propios derechos inalienables, buscando aislar al contrario de su posibilidad de acceso a la defensa y reclamo de sus reivindicaciones, hacerlo moralmente inferior, criminalizar sus puntos de vista, radicalizar el discurso, distraer y polarizar a la sociedad; mientras por otro lado se trasponen las ideas del emisor como acertadas y justificadas.

Esta técnica retórica fija los cimientos de un enfrentamiento real o imaginario para causar temor social, paranoia o histeria colectiva, que permite a su emisor ejercer el poder sin frenos o límites contra la disidencia, pues cualquier grupo persona que se oponga a dicho ejercicio en función de un supuesto bien común, es señalado como cómplice del mal (Zafaroni, 2012), lo que posteriormente lo hace «culpable sin delito» en los términos del «derecho penal del enemigo» (Barba-Álvarez, 2010).

Aunque la violencia retórica, la radicalización ideológica –o aparentemente basada en ideología– y el proceso de satanización de la disidencia no ocasiona directamente daños físicos, propios del pragmatismo del ejercicio de la violencia, ésta podría propender a incentivar ataques mediante el uso de la fuerza legítima-correctiva por parte de las instituciones de seguridad del Estado (Alvarado-Velloso, 2009, pp. 144-147) o de los partidarios del demonizador como un medio *manu militari* de lucha contra el antagonista creado discursivamente, por

lo que la violencia discursiva tiene profundos efectos sentimentales y afectivos en los individuos (Livingstone, 1998; Zillmann, 1994, pp. 33-51), creando el caldo de cultivo idóneo para la consumación de la violencia física, la incitación al odio y el rechazo al pensamiento disyuntivo, entendiendo que la identidad social es un proceso dialógico de confección del tejido semántico del colectivo originario (nostredad-nosotros) y de los propios sujetos ajenos (otredad-los otros) (Gergen & Keith, 1985; Gergen, 1992).

Este proceso no solo busca una identificación social en relación con el poder con el objetivo de obtener obediencia, sino también crear un culpable –histórico o actual– de los desaciertos gubernamentales en ejercicio, bajo distintas tipologías de falacias argumentales, con el fin de distraer la atención y alejarse de la culpa o dolo directa de las cuestiones que afecten a sus seguidores (Romero-Rodríguez, 2013), por lo que su adopción tiene efectos en dos vías: 1) profundiza la visión negativa contra la disidencia, lo que afecta, en términos de McAdam (1989), la creencia compartida de alcanzar el éxito mediante acciones, la capacidad de organización de los grupos disidentes y traslada la titularidad de la indignación y el descontento hacia el poder –y no hacia su portador natural que es la disidencia– y 2) coloca al poder como víctima de la disidencia, que puede estar representada por connacionales, partidos políticos, sectores económico-productivos, sistemas bancarios nacionales o extranjeros, potencias, entre otras, aunque en términos reales carezcan de la posibilidad de poner en riesgo al poder.

Del conflicto de la polarización rara vez se escapa, aun cuando no quiera adentrarse en temas discursivos de la lucha política. El posicionamiento en un escenario polarizado es obligado por la presión social, la “espiral del silencio” o por disonancia cognitiva, para reducir la tensión y adaptarse al grupo. De esta forma, alejados de toda razón, es en la fragmentación del tejido social donde se quiebra el sentido común y aparece la solidaridad automática, incluso con aquellos dirigentes del polo de inscripción que operen contra los valores y principios más elementales.

La válvula de escape digital y los antagonismos

Internet ha significado una morfosis social. Las maneras en cómo nos comunicamos, expresamos e interactuamos en distintos ámbitos hacen patente que el acceso a la red ha cambiado hasta las fórmulas de organización social. Movimientos como #OccupyWallStreet en Estados Unidos con sus réplicas en México, Reino Unido, España, Portugal, Grecia, Australia, Alemania, Japón, Países Bajos, Argelia e Israel, comenzaban con un simple mensaje en las redes sociales que servían como *ágoras* de la indignación popular de forma atemporal y ageográfica (Aguaded & Romero-Rodríguez, 2015, pp. 45-47), al igual que sucedía con el Movimiento #15M en España o las «primaveras árabes» en países con hegemonía comunicacional (Soengas, 2013).

La red ha cambiado los algoritmos tradicionales del flujo comunicativo, otrora centralizados enteramente por las estructuras de los medios de comunicación convencionales y los gobiernos –en su papel de administradores del espectro radioeléctrico y acceso preferencial al podio discursivo, por ejemplo–. En este nuevo escenario en el que nos insertamos actualmente, resulta complejo y hasta coercitivo mantener el control de las informaciones (Etling, Kelly, Faris & Palfrey, 2009), creándose un complejo entramado de interacciones descentralizadas y autónomas, nodos de liderazgo opinativo no tradicional y en definitiva, un espacio de extensión del debate público independiente.

Esto significa que la hegemonía de acceso al podio discursivo social por parte de las élites comunicativas queda en entredicho, toda vez que comienzan a aparecer prosumidores informativos con capacidad de divulgar su *pregnancia ideológica* en estos espacios, contando con una cada vez más creciente audiencia en distintos foros, comentarios de noticias y redes sociales. Sin embargo, las redes también aumentan y profundizan las parcelas o burbujas ideológicas, trasladando el discurso público y los enfrentamientos polarizantes a estas esferas. Desde posiciones como las de Chantal Mouffe (2013) o Ernesto Laclau (2014), el antagonismo es el elemento de constitución político que permite mostrar que la sociedad es una totalidad no cerrada, una totalidad en construcción y que no tiene una fundamentación universal, sino que son más retóricos, discursivos y abiertos de lo que hemos pensado hasta el momento. Los nodos de liderazgo

opinativo son equivalentes a los nodos de sentido que se producen en las construcciones de hegemonía política. Son cristalizaciones de sentidos contingentes, cambiantes, mudables, pero que generan hegemonía política y dan pregnancia social e ideológica a demandas y posiciones que no tienen de antemano una unidad estructural.

Por ende, el antagonismo solo es viable en el campo en el que el pluralismo político rompe el intento manipulador de la comunicación y de la concentración del poder, haciendo que la cualidad comunicativa y la cualidad democrática sean fenómenos que vayan a la par. Mouffe, sin caer en las trampas del cosmopolitismo, desarrolla las características de una democracia agonística, basada en el desenvolvimiento de múltiples antagonismos sociales, política y culturales (Mouffe, 2013, pp. 19-23).

El concepto de democracia antagónica nace justamente en un contexto comunicativo dominado por la experiencia no sólo de la fragmentación, sino también de la indeterminación de las articulaciones entre distintas luchas y posiciones de sujeto, y como intento de proveer una respuesta política en un universo discursivo que ha asistido a la retracción de la categoría de 'necesidad' al horizonte de lo social. No hay sujeto universal de la dominación ni de la emancipación. Por ello, los antagonismos son el centro a partir de los cuales las identidades se conforman y se despliegan en un campo comunicativo nuevo e ingobernable: el de la hegemonía política (Laclau & Mouffe, 1987, p. 15).

Material y métodos

Objetivo e hipótesis

La presente investigación analiza cuantitativa y cualitativamente los mensajes de los representantes más importantes del gobierno y la oposición venezolana a través de sus cuentas en la red de *microblogging Twitter*, mediante una metodología de análisis de contenido de base interpretativa, en función de identificar y evaluar la propensión discursiva en este espacio digital a la demonización y en consecuencia, la ampliación de la polarización y el antagonismo existente en ese país en la actualidad.

El estudio busca profundizar y actualizar cualitativamente los resultados obtenidos por la investigación denominada *Measuring political polarization: Twitter shows the two sides of Venezuela* (Morales, Borondo, Losada & Benito, 2015), en la cual se ejecutó un modelo de densidad cuantitativa de polarización que permitió concluir que los partidos más poderosos en Venezuela –incluyendo los de oposición– buscaban capitalizar la atención pública y el apoyo, silenciando las opiniones moderadas y a las reivindicaciones de las minorías, demostrando además que los datos obtenidos a través del análisis digital son correlativos con la polarización mediática, geográfica y discursiva (*offline*). Para ello se han determinado tres objetivos específicos:

- Diseñar y ejecutar un modelo de análisis bajo códigos emergentes, clasificados en familias discursivas (unidades retóricas), con la finalidad de catalogar los mensajes en las perspectivas semióticas unificantes, neutrales o polarizantes.
- Realizar un análisis de contenido de base interpretativa sobre los mensajes emitidos por los representantes del gobierno y de la oposición venezolana a través de la red social *Twitter*, en función de listas y familias de códigos estructurados en el modelo *ut supra* referido.
- Cuantificar y valorar la retórica demonizadora en contra de sus oponentes políticos y analizar la posible influencia de dicho discurso en la polarización de la Venezuela actual.

Se parte de la hipótesis que ambos polos, representados por la dirigencia gubernamental y de disidencia, utilizan adjetivos (des)calificativos e invisibilización de la otredad, trasladan la retórica demonizadora y el enfrentamiento discursivo a las plataformas digitales y se utiliza lenguaje inclusivo solamente en divergencia tácita o expresa «nosotros» (nostredad) enfrentados con «ellos» (otredad), lo que amplía la brecha de exclusiones de los mensajes oficiales por ambos bandos y no permite la conexión o integración social, viéndose reflejado en el *ágora* digital el mismo enfrentamiento que se constituye en la realidad política venezolana.

Estrategias metodológicas

A los fines de realizar un análisis de forma equitativa, se procedió primeramente a identificar los 3 representantes del gobierno venezolano con mayor jerarquía institucional y actividad en la red social *Twitter*. Por su parte, como objetos muestrales también consideramos incluir los perfiles de los líderes de oposición más importantes, en el entendido del número de seguidores e interacciones, teniendo en cuenta que tanto Leopoldo López como Antonio Ledezma, aun cuando se mantienen sus cuentas activas, no realizan actividades corrientes en la red social ya que se encuentran privados de libertad.

De esta forma, el corpus con el que trabajamos ha sido extraído de los perfiles digitales en la red social *Twitter* de los siguientes representantes del gobierno y la oposición venezolana:

- Nicolás Maduro Moro (@NicolasMaduro)
- Diosdado Cabello Rondón (@DCabelloR)
- Jorge Arreaza Monserrat (@JAArreaza)
- Henrique Capriles Radonski (@HCapriles)
- María Corina Machado Parisca (@MariaCorinaYa)
- Jesús Torrealba (@ChuoTorrealba)

Con el fin de evaluar y valorar los discursos por criba individual y para que exista paridad funcional, se realizará un muestreo por sistema de semana construida (Stempel, 1989, pp. 240-248), tomando 100 *tuits* (solo texto plano, incluyendo respuestas y RT) de cada una de las cuentas seleccionadas, por lo que se asumen como total de la serie muestral 600 *tuits*, separados como unidades informativas. En este sentido, se comienzan a contar en relación cronológica descendente a partir del 8 de mayo de 2015 a las 19:02 (UTC +01:00). Estos 100 *tuits* se toman en relación no aleatoria, divididos en 4 meses de estudio, extrayendo 25 de cada mes de la siguiente manera:

- 25 *tuits* de la primera semana de mayo 2015 (del 8 al 1).
- 25 *tuits* de la segunda semana de abril 2015 (del 12 al 6).
- 25 *tuits* de la tercera semana de marzo 2015 (del 16 al 22).
- 25 *tuits* de la cuarta semana de febrero 2015 (del 23 al 28).

Uteriormente se procedió a realizar un análisis de contenido de base interpretativa de los mensajes emitidos por los representantes del gobierno y de la oposición venezolana a través de esta red social, entendido este tipo de método interpretativo como que “*involve interpretation of findings across studies to generate new inductive understandings of the phenomena, events or experiences*” (Saini & Shlonsky, 2012, p. 31).

Los textos extraídos se introdujeron en el software de análisis cualitativo Atlas.ti® (v.6.2.28), habiendo emergido los siguientes códigos, clasificados en categorías o familias durante el análisis:

Polarizantes	Neutrales	Integradores
<ul style="list-style-type: none"> • Adjetivación negativa al gobierno. • Adjetivación negativa a la oposición. • Términos bélicos (lucha, defensa, etc). • Referencias de otredad. • Llamados a la calle / descontento. 	<ul style="list-style-type: none"> • Autopromoción. • Promoción de opositores. • Promoción de funcionarios. • Actividades propias. • Sin clasificar. 	<ul style="list-style-type: none"> • Unificación. • Nostredad. • Paz, armonía, convivencia.

Tabla 1. Familias o categorías discursivas de análisis y códigos emergentes
 Fuente: Elaboración propia

Aquellos códigos que emergieron dentro de la categoría «neutrales» (autopromoción, actividades propias, promoción de actividades de gobierno o de oposición o aquellos que no pudieron clasificarse), fueron desechados de la criba, quedando el estudio compuesto solo por aquellos dentro de las familias «polarizantes» o «integradores».

Resultados

Datos cuantitativos

Del total de 600 unidades informativas analizadas, 214 fueron tendientes a la tónica polarizante, 279 fueron neutrales o sin clasificación, mientras que 107 de la totalidad de la muestra se encontraron con mensajes de integración.

De las 214 unidades polarizantes, 44 fueron adjetivaciones negativas al gobierno (ANG), 37 fueron adjetivaciones negativas a la oposición (ANO), 81 utilizaban términos bélicos (TB) –lucha, defensa, ofensi-

va, batalla, entre otras emergentes-, 27 hacían llamados a la calle o a manifestar (M) y 25 se referían a los seguidores del otro polo como «otros» (O), de forma tácita o expresa. De estas 214 unidades polarizantes, se contabilizaron 137 por parte de los representantes del gobierno y las 77 restantes por parte de la oposición.

En relación a los códigos agrupados en mensajes neutrales se totalizaron 279, quedando 138 como códigos sin clasificación (actividades públicas, agenda, mensajes institucionales), 94 como autopromoción, 19 que promovían a funcionarios y personeros de gobierno y 28 que promovían a otros representantes de la oposición.

En referencia a los códigos que emergieron dentro de la familia de mensajes integradores se totalizaron 107 *twits*, siendo 41 de ellos referidos a la paz, la armonía y la convivencia (P); 58 que mantenían un lenguaje inclusivo entre ambos polos (nostredad) (N) y 8 que hacían alusión a la unificación de la sociedad (U).

		<i>Polarizantes</i>						<i>Integradores</i>	
		ANG	ANO	TB	O	M	<i>Total</i>	U	N
Gobierno	Nicolás Maduro	0	3	13	2	0	18	1	23
	Diosdado Cabello	0	21	28	10	3	62	2	1
	Jorge Arreaza	0	13	16	7	0	36	0	2
	<i>Total Gob.</i>	0	37	57	19	3	116	3	26
Oposición	Henrique Capriles	9	0	2	0	5	16	3	19
	María Machado	17	0	4	1	4	26	2	8
	Jesús Torrealba	18	0	18	5	15	56	0	5
	<i>Total Opo.</i>	44	0	24	6	24	98	5	32
Total Σ Gob/Opo		44	37	81	25	27	214	8	58

Tabla 2. Cuantificación por representantes en códigos y familias
 Fuente: Elaboración propia

En números reales y extrayendo de la cuantificación los mensajes neutrales y no clasificados, *ergo* tomándose en consideración solo aquellos con contenido polarizante o integrador, se totalizaron 321 unidades informativas que representan el 53,5% del total de la muestra analizada –600 *twits*-. De esas 321 unidades, 214 (66,66%) con-

tenían códigos discursivos polarizantes, mientras el 44,44% restante, es decir, 107 unidades muestrales, resultaban integradores.

Los representantes del gobierno venezolano suman 116 mensajes polarizantes (71,60%) y 46 integradores (28,39%), para un total de 162 unidades que se encuentran dentro de ambas categorías, mientras que los dirigentes opositores incorporaban 98 mensajes polarizantes (61,63%) y 61 integradores (38,36%), de un total de 159 unidades muestrales incorporadas en las familias discursivas.

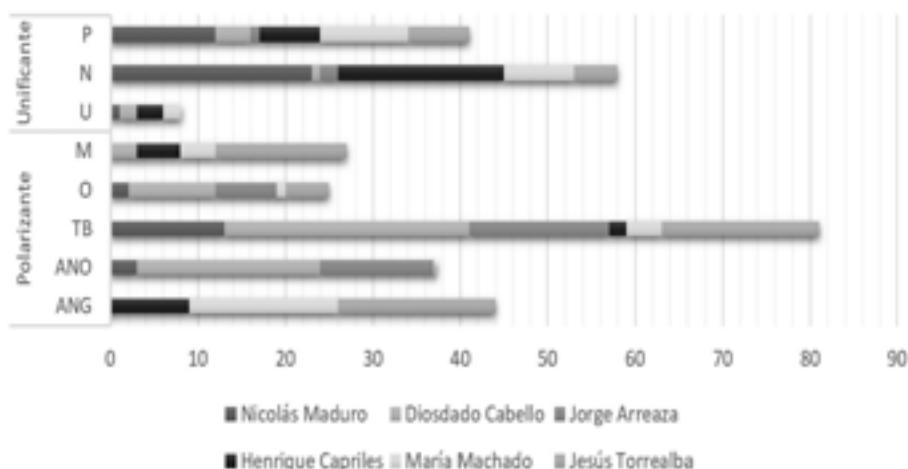


Gráfico 1. Relación cuantitativa de familias de código por representante político

En cuanto a la evidencia de mensajes con contenido demonizador/polarizante, los extraídos de la cuenta del presidente de la Asamblea Nacional, Diosdado Cabello Rondón (@DCabelloR) fueron mayoritarios con 62 unidades (89,85%) frente a 7 unificantes (10,14%), seguido por Jesús Torrealba (@ChuoTorrealba) con 56 tuits de enfrentamientos (82,35%), frente a 12 integradores (17,64%) clasificados. En el ámbito contrario, referido a la catalogación de mensajes integradores encabeza la primera posición Nicolás Maduro (@NicolasMaduro) con 36 *tuits* (66,66%) frente a los 18 polarizantes (44,44%), seguido por Henrique Capriles con un conteo de 29 unidades integradoras (64,44%), frente a 16 polarizantes (35,55%).

En relación a los mensajes demonizantes que se encontraron con mayor frecuencia, aparecieron los términos bélicos (TB), con 81 tuits de un total de 214 en la categoría polarizantes y de 321 clasificados en ambas categorías de análisis, lo que significa un 37,85% de la categoría de polarización y 25,23% del total de los mensajes analizados correspondientes a ambas categorías. Por el contrario, se encontraron con mayor frecuencia en la dimensión «integradores», los mensajes referidos a la «nostredad» (N), entendiendo los mismos como aquellos que incluyen a todos los sectores y polos ideológicos de Venezuela. En esta categoría emergieron 58 unidades informativas que representan el 54,20% de la dimensión y el 18,06% de la totalidad de las categorías de análisis. Mientras tanto, tan solo 8 mensajes de los 321 catalogados, es decir, 2,49% de la muestra efectiva, representaban términos de inclusión y unificación sin subcategorías sociales o políticas.

Datos cualitativos

Haciendo un análisis de contenido de base interpretativa a la totalidad de la muestra extraída (321 tuits catalogados en las dimensiones polarizantes e integradores), habiéndose previamente excluido 279 unidades informativas no catalogadas, se puede entrever con meridiana claridad que los mensajes se caracterizan por presentar adjetivaciones negativas y (des)calificaciones, tanto al liderazgo contrario, como a aquellos que no operan dentro de la línea de pensamiento del emisor,

Otro aspecto de relevancia es la continua lucha nostredad-otredad que se mantiene tanto tácita como expresamente en los mensajes. La continua presencia de un «nosotros» reconocido, integrante del mensaje e incluso sacralizado, excluye al «ellos», demonizado, alejado de su afiliación en la noción semiótica. Tales ejemplos se pueden verificar en mensajes como «siempre digo que es un programa para Chavistas pero los *amargados* se colean», «*Nosotros* lo que queremos es convivir en paz», «Todo para promover abstención, ante *una mayoría* q (*sic.*) quiere cambio», «*Nuestra* lucha es hasta vencer y lo vamos a lograr» o «No Votar es Darle un Voto a *Ellos*».

Queda en evidencia a la vez el uso frecuente de terminología militar/bélica, patente tanto en los mensajes de los representantes del gobierno, como en los de oposición. El uso de palabras como batalla,

combate, victoria, ofensiva, triunfando, derrotar, lucha(r), defender, vencer, entre otras, son parte del discurso extraído, evidenciado que la dialéctica guerrillista se ha trasladado al ámbito digital como un símil de un campo de batalla, profundizándose el antagonismo y la intimidación.

Por su parte, se encontró que los representantes del gobierno hacen continuas alusiones a la figura de Hugo Chávez, así como de Simón Bolívar o Eliécer Otaiza, como íconos revolucionarios que acompañan la ideología y pragmática del gobierno actual. De hecho, los hitos de gobierno del ex presidente Chávez, son utilizados para marcar la agenda comunicacional a través de etiquetas (*hashtags*) como #5añosChavezCandanga, como una manera de profundizar el sentido límbico del mensaje con sus seguidores.

Por último, no existió evidencia en las muestras extraídas de actitudes de cortesía o ámbitos de común acuerdo entre los representantes del gobierno y de la oposición, ni exhortaciones a diálogos, sino todo lo contrario. La forma de referirse al liderazgo del otro polo es o bien invisibilizándolo a través de la subjetivación tácita «ellos», o directamente a través de adjetivos (des) calificativos.

Conclusiones y discusión

El lenguaje institucionaliza realidades (Searle, 1997; Watzlawick, 1979), imponen un orden (Bourdieu, 1988) y manipula a través del discurso las acciones de la sociedad. La polarización aparece como resultado de antagonismos no resueltos (Mouffe, 2013; Laclau, 2014), producto de acciones pero también de discursos con conceptos presionados, demonizaciones y descalificaciones que dividen a la sociedad en estructuras rígidas de pregnancias en continuo choque (Isenberg, 1986; Sunstein, 2002: 175).

Si bien las redes sociales aparecen como organizaciones descentralizadas de flujo comunicativo, no es menos cierto que se siguen manteniendo epicentros de atención en líderes de opinión, o como son llamados en el argot de las redes «influenciadores», personas que cuentan con mayor capital social, mayor penetración y nodos de distribución de los mensajes, por lo que se fijan como emisores de saliencia ideológica que es consumida, replicada y compartida.

En el caso estudiado queda patente que esos liderazgos de opinión política utilizan adjetivos (des)calificativos e invisibilización de la otredad, trasladando la retórica demonizadora y el enfrentamiento discursivo que se da en otros escenarios a las redes sociales, como es el caso de *Twitter*. El lenguaje inclusivo apareció como divergencia tácita o expresa para avalar una nostredad como polo de pensamiento y no como nación en sentido de completitud, lo que resulta en una ampliación de la brecha de exclusiones discursivas y no permite la conexión o integración social, fiel reflejo de la situación *offline* de Venezuela.

Las acciones sociales, tales como manifestaciones, enfrentamientos, actos vandálicos, pogromos, entre otros; son desarrolladas a través de entendimientos compartidos, comunicados y socializados, aunque aparentemente son espontáneos. La tónica incendiaria, descortés e irrespetuosa de los mensajes de ambos polos puede propender *in crescendo* a la división social, pero también al uso y legitimación de la violencia a partir de un antagonismo exacerbado, al contraste de organizaciones políticas de débil institucionalidad (Sánchez, 2006, pp. 178-179), que además queda patente al verificarse que representantes de esas instituciones, lejos de constituirse –al menos semióticamente– en el reflejo del «deber ser» institucional (imparcialidad, profesionalidad, decencia, etc), son quienes toman el podio discursivo para la estigmatización del contrario.

La práctica demonizadora evidenciada en este estudio, refleja esa “seña de operación política bajo la construcción imaginaria de un «nosotros»” (Laclau, 2006), pero a la vez excluye en la figura de otredad a quienes no comparten el ideario que desde cualquiera de los polos se produce. Así, el poder simbólico del lenguaje elimina las posibilidades del no-alineamiento a la estructura de pregnancia, generando el caldo de cultivo propicio para el enfrentamiento y la violencia, no solo discursiva. Pero a la vez puede propender a la desmovilización –social y electoral– de la disidencia, en el sentido de dejar entrever la parcialidad política de las instituciones y la imposibilidad de alcanzar los objetivos de la disidencia (McAdam, 1982), por lo que el lenguaje de enfrentamiento se constituye como una fórmula de control social evidente.

Referencias

- Aguaded, I. & Romero-Rodríguez, L.M. (2015). Mediamorfosis y desinformación en la infoesfera: alfabetización mediática, digital e informacional ante los cambios de hábitos de consumo informativo. *Education in the Knowledge Society*, 16 (1), 44-57. (DOI: <http://doi.org/4ht>).
- Alvarado-Velloso, A. (2009). *La ciencia del derecho procesal constitucional: Estudios en homenaje a Héctor Fix-Zamudio*. Madrid: Marcial Pons.
- Barba-Álvarez, R. (2010). Esbozo criminológico sobre el derecho penal del enemigo. *Criminología y Sociedad*, 1. Versión electrónica. Disponible en: <http://goo.gl/GGIEpF> (Consultado el 3/5/2015).
- Bourdieu, P. (1988). *Espacio social y poder simbólico. Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Capriles, C. (2006a). Ciudadanos sin polis: democracia dual, antipolítica y sociedad civil en Venezuela. *Politeia*, 29 (36), 27-49.
- Capriles, C. (2006b). La enciclopedia del chavismo o hacia una teología del populismo. *Revista venezolana de Ciencia Política*, 29, 73-92.
- Castells, M. (2000). Posibilidades de desarrollo en la era de la información. Tecnología de la información, globalización y desarrollo Social. *Urbana*, 26, 13-24.
- De Tocqueville, A. (1961). *Democracy in America*, Volume II. New York: Schocken Books.
- Etling, B., Kelly, J., Faris, R. & Palfrey, J. (2009). Mapping the Arabic Blogosphere: Politics, Culture, and Dissent. *The Berkman Center for Internet and Society*. Harvard University. Recuperado el 1 de mayo de 2015 de: <http://goo.gl/pbQKZv>
- Fieschi, C. (2004). Introduction. *Journal of Political Ideologies*, 9 (3), 235-240.
- Foucault, M. (2007). *Seguridad, territorio y población: curso en el Collège de France*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gergen, K. y Keith, D. (1985). *The Social Construction of the Person*. New York: Springer.
- Gergen, K. (1992). *El yo saturado: Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Madrid: Paidós.
- Goffman, E. (2006). *Estima. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Isenberg, D. (1986). Group Polarization: A Critical Review and Meta-analysis. *Journal of Personality Social Psychology*, 50 (6), 1141.

- Korzeniewicz, R. y Smith, W. (2000). Pobreza, desigualdad, y crecimiento en América Latina: en búsqueda del camino superior de la globalización. *Desarrollo Económico*, 40 (159), 387-424.
- McAdam, D. (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mouffe, C. (2013). *Agonistics. Thinking the World Politically*. London: Verso Books.
- Muller, E. (1985). Income Inequality, Regime Repressiveness, and Political Violence. *American Sociological Review*, 50 (1), 47-61.
- Laclau, E. (2014). *The rethorical foundations of society*. London: Verso.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Livingstone, S. (1998). *Making Sense of Televisión: the Psychology of Audience Interpretation*. New York: Routledge.
- Morales, A., Borondo, J., Losada, J. y Benito, R. (2015). Measuring Political Polarization: Twitter Shows the Two Sides of Venezuela. *Chaos: Interdisciplinary Journal of Nonlinear Science*, 25 (033114). (DOI: <http://doi.org/4g8>)
- Romero-Rodríguez, L. (2013). Hacia un estado de la cuestión acerca de las investigaciones sobre desinformación/misinformación. *Correspondencias & Análisis*, 3, 319-342.
- Romero-Rodríguez, L. (2014). *Pragmática de la desinformación. Estratagemas e incidencia de la calidad informativa de los medios*. Tesis Doctoral. Repositorio Institucional Arias Montano de la Universidad de Huelva. Disponible en línea en: <http://goo.gl/JtBwPf> (Consultado el 3/5/2015).
- Saini, M. y Shlonsky, A. (2012). *Systematic Synthesis of Qualitative Research*. New York: Oxford University Press.
- Sánchez, M. (2000a). Drug Dealing and Street Violence among Inner City Latino Youth. *Urbana*, 26, 63-72.
- Sánchez, M. (2000b). Pobreza urbana en el nuevo milenio. *Urbana*, 26, 7-12.
- Sánchez, M. (2006). Insecurity and Violence as New Power Relation in Latin America. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 606, 178-195. (DOI: <http://doi.org/ct3ngf>).
- Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- Soengas, X. (2013). El papel de Internet y de las redes sociales en las revueltas árabes: Una alternativa a la censura de la prensa oficial. *Comunicar*, 4 (21), 147-155. (DOI: <http://doi.org/xvq>).

- Stempel, G. (1999). Content Analysis. En Westley, B. y Stempel, G.: *Research Methods in Mass Communications* (pp. 240-248). New Jersey: Prentice-Hall.
- Sunstein, C. (2002). The Law of Group Polarization. *Journal of Political Philosophy*, 10 (2), 175-195.
- Tucker, A., Jakeš, K., Kišš, M., Kupcová, I., Losman, I., Ondračka, D., Stýskalíková, V. (2000). From Republican Virtue to Technology of Political Power: Three Episodes of Czech Nonpolitical Politics. *Political Science Quarterly*, 115 (3), 421-445.
- Watzlawick, P. (1979). *¿Es real la realidad? Confusión, Desinformación, Comunicación*. Barcelona: Herder.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Zafaroni, E. (2012). *La cuestión criminal*. Buenos Aires: Planeta.
- Zillmann, D. (1994). Mechanisms of Emotional Involvement with Drama. *Poetics*, 23, 33-51.

